

Entre la furia y la amentia. Dos casos de la antigua Roma

J. MUÑIZ COELLO

Área de Historia Antigua. Universidad de Huelva

SUMMARY

Madness and sanity, anger and reason, these and others similar notions were studied by the ancient classic writers. We show two kinds of mind disturbance, the *insania* from the medical latin texts, through the couple events that we find out in the Ancient Rome.

Es un hecho probado que todo lo referido al comportamiento humano se mueve en un impreciso ámbito, del que son más las conjeturas que los hechos que podemos tomar como ciertos. Hablar de la lógica como coherencia del pensamiento, hablar de racionalidad o de normalidad como categorías, pero sacadas del contexto de tiempo y lugar, resulta inexacto y desde luego confuso, por cuanto todos éstos conceptos se vacían de significado si no los referimos a la sociedad concreta que los formula. Aún hoy, finalizando el siglo XX, comprobamos que lo que entendemos como conducta o comportamiento homologable a las pautas de lo entendido como normal, lo racional y socialmente admisible, en determinados tipos de sociedad, pongamos por caso la anglosajona, desde la nuestra mediterránea, puede resultar cuanto menos extravagante e insólito. Pero eso, se nos dirá, es el defecto común del etnocentrismo que acompaña a todas nuestras observaciones de “lo otro”, y así es en efecto, y difícilmente podremos desembarazarnos de este nuestro modo de per-

cepción de la realidad ajena, lo cual es también de aplicación al conjunto de valores que conforman nuestras pautas de conciencia, lo que identificamos como la mente¹.

El tema de lo racional e irracional se mueve aún hoy entre nociones y límites extremadamente dudosos, y hablar de locos o de locura —palabra por cierto de origen poco claro— supone aludir a aspectos poco explorados y peor conocidos del comportamiento, accesibles por vías las más de las veces infructíferas, de las que ni siquiera podemos estar seguros de que sean las correctas. Si además consideramos nuestra ignorancia sobre cuáles eran las pautas de normalidad vigentes en un tiempo y lugar concreto, a los que referimos nuestro análisis, pautas que eran no menos cuestionadas por la sociedad que teóricamente las sustentaba, el panorama de certezas y seguridades que podemos esperar no puede presentarse más sombrío².

En la antigüedad clásica la reflexión sobre la locura alternaba entre el plano de la enfermedad y la esfera de los asuntos sobrenaturales, el mundo de los dioses, de cuyas relaciones con los hombres podía sobrevenir la *insania*, la locura, su principal secuela, y sin que ésta segunda mani-

¹ Viene sobre esto a mi recuerdo algún caso actual. Durante la llamada era Reagan, finales de los ochenta, los responsables de la política sanitaria norteamericana llegaron a la conclusión de que el mejor tratamiento para la mayoría de las patologías mentales era la integración del enfermo en sus respectivos entornos sociales de procedencia: familias, barrios, ciudades, etc. El resultado fue que se cerraron numerosas instituciones psiquiátricas, al vaciarse de sus usuarios, que pasaron a vivir, en su mayoría, en las calles. El ahorro económico fue inmenso. Igual que el daño al enfermo y a la sociedad que se veía así invadida. Europa criticó con estupor la irresponsabilidad de la medida. Pocos años después, uno de los países antes estupefactos, España, llevó a la práctica en buena medida aquella decisión norteamericana. Sin entrar en el motor económico de la misma, la sociedad española aceptaba el cambio de los patrones que decidían qué era patología grave y leve, y cuando un sujeto era recuperable o cuando no. Dejamos aquí un tema que por sí requeriría otro estudio.

² Locura parece ser término derivado del árabe, aunque no sin grave complejidad otros han intentado otras etimologías, como la derivación de Glauco, cuyo significado de “gris, pálido, acuoso, sin vida”, aplicado a los ojos, se vincula a la mirada perdida e inexpressiva de muchos afectados por ciertas enfermedades mentales. Parece esto muy rebuscado. El interés de estos temas hoy se subraya con la celebración, mientras escribía estas líneas, de un Congreso o Jornadas sobre *The Irrational: Madness in the Ancient World*, marzo 22/24 de 1999, en la Facultad de Letras de la Universidad de Cambridge, G. B. Aprovecho para agradecer las inestimables ayudas bibliográficas recibidas desde aquella isla, del Dr. Toni Naco del Hoyo, becario en el Wolfson College de Oxford en ese período, sin las que difícilmente este trabajo hubiera visto la luz.

festación se asumiese como destino afortunado. Heródoto ya distinguía estas dos vertientes, la locura debida a causas naturales, como una patología más del ser humano, y la locura de origen divino. Y era complejo trazar la línea divisoria entre lo que era una demencia común y una locura profética. La figura del loco en la *polis* griega, como después en la ciudad romana, despertaba la curiosidad y el temor de estar ante aquel de cuyo comportamiento o actitud podían esperarse reacciones imprevisibles, y sin que para el transeúnte cupiese cosa distinta que la mera observación de sus gestos y una prevención mínima de autodefensa. En Atenas, el temor a verse implicado en la maldición divina que, se suponía, se cebaba con los enfermos mentales, iba más allá de la fijación de una distancia cautelar; directamente se les apedreaba, como apestados, para alejarles y preservar los lugares frecuentados. Otros, acaso menos violentos, se conformaban con la precaución de escupir, como remedio contra cualquier oscuro contagio del maldito³.

En Roma, tampoco se tenían muy claras las causas, etiología que dicen los médicos de hoy, de la *insania* de la razón y el entendimiento de la persona. Como dolencia de síntomas orgánicos poco concluyentes, todo cuanto venía a establecerse sobre ello era una descripción, algunas conjeturas sobre sus orígenes, las circunstancias de su agravamiento o remisión, y loables intentos de caracterizar algunas variedades. En realidad, médicos, intelectuales y ciudadanos corrientes asumían la enajenación mental y procuraban adaptar sus actitudes, respecto del individuo con desórdenes mentales, según la repercusión que la conducta *insana* tuviese para con el resto de la ciudadanía. No fue el desorden síquico tema central de los tratados médicos, porque el desconocimiento generalizado no daba pie para grandes disertaciones. En breves apartados se enumeraba un catálogo de actitudes peligrosas o no peligrosas para el resto de la sociedad, y todo lo más, algún médico, yendo más allá, distinguía si este peligro podía tornarse incluso para el propio sujeto. De ahí que actitudes y prevenciones no fueran las mismas para los perturbados violentos, aquellos cuya mente había sido víctima de la *furia*, los *furiosi*, y los

³ Vigente siempre el estudio de Dodds, E., *Los griegos y los irracionales*, Madrid 1980, cap. 3, pp. 70/102, donde se recogen todas las citas griegas de interés. *Vid.* también, Caldwell, R. S., "Selected Bibliography on psychoanalysis and classical studies", *Arethusa* 7, 1974, pp. 115/134; Korpanty, J., "Furor in der augusteischen Literatur", *Klio*, 67, 1985, pp. 248/257.

otros, aquellos que no representaban más que una anécdota curiosa e incluso jocosa, por sus imprevisibles salidas, en la vida cotidiana de la ciudad⁴.

Cicerón reflexionaba sobre los estados patológicos de la mente y calificaba de insanos a aquellos que, alterados en su razón, habían salido de su potestad, *exisse ex potestate*. Lo que ellos, los romanos, llamaba *furor*; correspondía a la griega “melancolía”, la bilis negra, “como si la mente sólo se perturbara por la bilis negra y no, muchas veces por la iracundia más grave, por el temor o por el dolor”, venía a aclarar el orador de Arpino. Y recordaba cómo ya los antepasados se precavían de las consecuencias de la *furia* humana, definida como la ceguera de la mente para todas las cosas, singularizando un trato legal específico para los *furiosi* en la Ley de las Doce Tablas⁵.

La distinción entre lo que era un acceso de ira o cólera, como manifestación cotidiana del ánimo, de la pasión, y lo que constituía un episodio de furia incontrolada, asimilable a desarreglo de la mente, solía depender de factores externos como eran su duración en el tiempo —¿y cuándo era mucho o poco tiempo?—, la frecuencia de los mismos, o las secuelas acarreadas una vez concluido. Aún hoy la psiquiatría se mueve con los mismos parámetros para llegar a conclusiones. En Séneca, la ira no era sino una locura breve, especie de capítulo previo a la locura propiamente dicha, en la que podía uno sumergirse de obstinarse en aquella. Pero estos datos no eran muy útiles para preservar la confianza de los allegados a los afectados, y por otro lado, aún observándolos, cualquier toma de postura era una decisión *a posteriori* de la actuación del enajenado. De ahí que fuese más fácil etiquetar conductas sospechosas con determinativos poco dudosos y muy aclaradores. Durante siglos, en la anti-

⁴ Las ediciones consultadas son las de *Celsus. De medicina*, transl. by W. G. Spencer, Loeb Classical Library, 3 vols., London 1935/1938; *Claudii Galeni opera omnia*, transl. by C. G. Kühn, 20 vols., reimp. Hildesheim 1964/1965, 1.^a ed. 1821/1833; *Soranus' Gynecology*, transl. by O. Temkin, Baltimore 1956.

⁵ Cic. *Tusc.* III. 3. 11; *divin.* I. 31. 66: *ea si exarsit acrius, furor appellatur quum a corpore animus abstractus, divino instructu concitatur*. Vid. Taldone, A., “Su insania e furor in Cicerone”, *Bol. Stud. Lat.* 23, 1993, pp. 3/19; desde la ley de las doce tablas a la constituciones imperiales más tardías, *furiosi* y pródigos reciben tratamiento jurídico con el nombramiento de curadores que administran temporalmente sus bienes. Ello no obstante sugiere numerosas cuestiones legales, que se recogen por ejemplo, en el trabajo de Renier, E., *Observations sur la terminologie de l'alienation mentale*, *RIDA*, 5, 1950 (Mélanges Visscher), pp. 429/455.

güedad clásica, el extranjero fue nombrado con el mismo término empleado para nombrar al enemigo, *hostis*, de quien no se tenían dudas acerca de su conducta funesta. Así, los *furiosi*, portadores del germen de la violencia, eran asimilados a los *hostes*, y viceversa, pues contra el enemigo, cualquier ciudadano conocía las opciones a seguir⁶.

Cualquier violencia desatada contra el senado y el pueblo romano, era calificada no sólo desde el discurso de poetas y escritores, como *insania* y fruto de la demencia, y tal calificativo pasaba a aplicarse al enemigo político y calaba en las instituciones. Eran *furiosi* quienes desencadenaron la guerra civil y fratricida entre César y Pompeyo, en Lucano, y fue la *furia* como demencia, lo que alimentaba a los galos a invadir tantas veces Italia. “¿Cuánto tiempo más seremos juguetes de tu furor?”, se pregunta el cónsul Cicerón, en el 63, apenas pronuncia en el senado sus primera palabras contra el principal conspirador de la República. Si se tacha de loco a Catilina por llevar a cabo sus manejos, no menos locos son sus cómplices, *inflammatus furore*, compañeros *eiusdem amentiae*. Su iniquidad es fruto de su *furens audacia*, y explica la notoriedad del crimen de Léntulo Sura, por ejemplo, *demens subito*, otro de los implicados en la trama, y ejecutado tras ella. Por fin, Marco Catón, el de Utica, cambia radicalmente su parecer de no optar al tribunado de la plebe, cuando, de viaje a su finca en el campo, en Lucania, se entera de que uno de los Metelos, al que considera un loco peligroso, sí se va a presentar a las mismas⁷.

Aulo Celso, el ilustre médico que escribió con Tiberio, identificaba los desórdenes que englobaba el vago concepto de *insania*. Había *insania*, según Celso, cuando el individuo hablaba con más rapidez y audacia de lo acostumbrado, su respiración era lenta y dificultosa, y mantenía las venas dilatadas. El paciente no tiene dolor y permanece en vigilia día y noche, pudiendo yacer enroscado sobre su vientre, en postura contraria a

⁶ Sen. *de ira*, I. 2. 3; II. 36, “los dementes atraen la muerte sobre sus hijos”, viene a decir, lo que nos evoca al primero de nuestros personajes, como veremos. Todavía en la antigua URSS se etiquetaba de locos a los enemigos del régimen, por lo que como tales eran encerrados en cárceles/siquiátricos durante años sin excesivo seguimiento sobre la evolución de sus supuestas patologías. Sólo una notable homologación de las nociones de locura y hostilidad o peligrosidad, unido a no poco cinismo, puede hacer esto aceptable para una sociedad.

⁷ Sobre furia y enemigos, Livio *ep.* 19; Cic. *Cat.* I. 1. 4; II. 1; III. 2;5; *Phil.* II. 21. 52; *pro Mil.* XII. 32; Caes. *BG.* II. 3; Hor. *Sat.* I. 6. 97 ss.; Serv. *Aen.* II. 407; Luc. *Fars.* II. 541/544; 551/552; 573/575; Plut. *Cat. min.* 20; Herskowitz, D., *The Madness of Epic*, Oxford 1998; Thompson, L. A., Foreign “furiosi”, *PACA* 8, 1965, pp. 18/21.

la que es suya habitual. A veces, advertía aquel ilustre romano, había dolor agudo en el oído, con severa y persistente fiebre, aludiendo a causas orgánicas para alguno de los disturbios de la razón. La enfermedad se recrudecía en primavera, por el movimiento de los humores, era propia de la madurez, y resultaba fatal cuando prevalecía el viento meridional, ya fuese en invierno, ya en primavera.

Para Celso la *insania* era el resultado de la prevalencia de una *dementia* en el individuo, y definía ésta como unas imaginaciones vanas en el sujeto, que cuando persistían, se hablaba ya entonces de *insania*. Celso percibía que unos estaban tristes y otros, hilarantes; unos sujetos podían ser controlados tan sólo con palabras, mientras que otros eran rebeldes y actuaban con violencia. Mostraban éstos últimos la apariencia de estar sanos, decía este médico, pero finalmente eran detectados por el resultado de sus actos. Los que se encolerizaban en su habla y no pasaban de gesticular con sus manos, no requerían ser tratados con severidad. Está debía emplearse con los más violentos, usando de los grilletes para evitar el perjuicio a los demás y a ellos mismos. Y no debía hacerse caso, advierte el escritor, cuando pidieran que se les liberara, “pues es ello un ardid de su locura”⁸.

Finalmente, el catálogo de desórdenes lo completaba el tratadista con un tercer tipo, más prolongado, que solía más tarde acarrear febrícula, denominado *tristitia*, que estaba causado por la bilis negra, siguiendo a los griegos. Nuestro médico no dudaba cuando afirmaba que el pronóstico de la locura era sombrío si al paciente le acompañaba la seriedad, y más ligero si por el contrario lo hacía la risa.

En tiempos de Trajano y Adriano otro médico, Sorano de Éfeso, perfilaba otros detalles sobre el desorden mental y hablaba de tres clases de alteraciones. En primer lugar, la frenitis, que era la forma de la enfermedad mental en su fase más aguda, con fiebre, movimientos involuntarios de las manos y pulso bajo, elementos que nos llevan al entorno de lo que conocemos hoy como delirio febril. En segunda lugar, la manía, una forma agitada de la *insania*, y finalmente la melancolía, su forma tranquila, en oposición a lo que dos siglos antes escribía Cicerón.

Si por manía entendía Sorano una cierta forma de *insania* leve, o al menos no violenta, aquella que Celso conectaba con la *dementia*, de tal

⁸ Celso, *de medic.* II. 1. 6;15;21;7. 23/26;III. 18. 1/3;4;17/20; Isid. *diff. verb.* I. 144;297; *orig.* X. 79.

debían estar afectados aquellos que, como un tal Octavio, que vivió en tiempos de Marco Bruto —que recoge la anécdota— eran de todos conocido que no estaba en sus cabales, y se le permitía que hablara cuanto quisiera, como cuando, a la salida de una sesión del senado, llamó rey a César y reina a Pompeyo. La forma tranquila, aquella que nombraba como melancolía, acaso lo más próximo a nuestro actual síndrome depresivo, parece que afectó al débil y enfermizo Augusto, a raíz de su regreso de Hispania, de la lucha contra los indómitos cántabros, año 26/25. El joven *princeps* llegó incluso a leer en el senado su discurso de abdicación, tal era su desánimo y desaliento, entregando a los *patres* un inventario de los recursos que dejaba en el tesoro, a modo de finiquito. Tiempos de tristeza, abatimiento, sensación de inutilidad e incapacidad, atonía y de debilidad que marcaron la personalidad y, por supuesto, la salud del primer hombre de la República.

Cuando ya andaba Augusto *ad desperationem redactus*, según transmite Suetonio, Antonio Musa, su médico personal, probó un nuevo tratamiento, “cambiando esta vez los baños calientes por baños fríos”, que ayudó a que el emperador superara sus crisis. Que por cierto, indica el cronista, se le acentuaban cuando se acercaba el aniversario de su nacimiento, un veintitrés de septiembre, o lo que es lo mismo, se agravaban al comenzar en otoño⁹.

Vamos a ver dos casos, sin conexión entre sí y separados unos cien años en el tiempo. La información que disponemos para cada uno ilustra comportamientos dispares. Con unos componentes graves y severos en la personalidad del primero, que incidía fuertemente en su entorno, muestra el segundo unos rasgos menos desgarrados y violentos, menos insidiosos y molestos para el entorno. Aunque no deje ésta de ser una epidérmica y tenue valoración, ajena a los daños que el desorden provocaba en ambos, como demuestra el trágico final que acabó con sus vidas.

* * *

Corre la segunda quincena del mes de julio del año 50 a. de C. y el procónsul de Cilicia, Marco Cicerón agota sus últimos días de estancia

⁹ Galeno de Pérgamo, nacido en el 129, *Claud. Gal.* XIV. 647-7k, llenó de contenido síquico el tradicional concepto de histeria, asunto completamente orgánico hasta ese momento; Suet. *Iul.* 49. 2; *Aug.* 28; 59; 81; Plut. *Cat. min.* 20; Dio Cass. LIII. 30. 3.

en su, para él, tediosa provincia. Su ánimo, atemperado por los años y la experiencia, fácilmente contenido y sobrado de diplomacia y cortesía política, se despoja de todo protocolo y se explaya en lo que no es sino puro enfado y despecho. Está escribiendo desde Tarso, donde se encuentra, a Cneo Salustio, cuestor o procuestor en Siria bajo las órdenes del procónsul Marco Calpurnio Bíbulo, y la suya es respuesta a una carta de aquel, de contenido urgente, que al orador le acaban de traer el día anterior desde Siria¹⁰.

Ambos, Cicerón y Bíbulo, están en sus respectivas provincias contra su propia su voluntad, en cumplimiento de una inoportuna disposición promovida por Pompeyo —primero senadoconsulto, luego ley, se trata de la *Lex Pompeia de provinciis*, del año 52— que no les deja más opción que marchar a su destino. Cicerón está en su puesto desde el 30 de julio del 51 y, pasados los doce meses, no está dispuesto a estar un día más de esa fecha. La incorporación de Bíbulo fue hacia el 30 de octubre, por lo que en julio del 50 aún tenía el verano por delante en una provincia, Siria, donde desde hacía nueve meses, los partos habían invadido, retrocedido, y de nuevo, estaban preparando una irrupción que amenazaba con ser la definitiva. En tanto la temida guerra estallaba, el territorio, según las noticias que Cicerón recibía en Cilicia, era un puro desgobierno y se hallaba sumido en la anarquía¹¹.

Como era costumbre en los hombres de su rango, Cicerón y Bíbulo llevaron consigo a sus destinos a algunos familiares, el hijo y el sobrino en el primer caso, Marco y Quinto, respectivamente —Quinto Cicerón, hermano del orador, iba como legado— jóvenes en torno a los catorce/ quince años, y dos de los tres hijos de Bíbulo. El orador confió los suyos a la educación de su íntimo Deyótaro, rey de Galatia, a cuya corte se desplazaron. Respecto a Bíbulo, antes de entrar en Siria, navegó el 13 de agosto desde Éfeso probablemente hacia Egipto, dejando a los suyos en

¹⁰ Muñiz Coello, J., *Cicerón y Cilicia*, Huelva 1998, p. 185, n. 206, apuntaba mis primeras impresiones sobre el personaje; *Cic. fam.* II. 17, la interesante carta de Cneo —o Caninio, para otros— Salustio. Monográfico sobre Bíbulo es el trabajo de Collins, J. H., “Porcia’s first husband”, *CJ*, 50, 1955, pp. 261/270, donde se recoge toda la documentación y, sin entrar en análisis, se justifican todos sus actos y las consecuencias de los mismos.

¹¹ *Cic. Att.* V. 18. 1; 16. 4; VI. 1. 4; *fam.* XV. 3. 2; sobre los partos y Cilicia, Muñiz Coello, J., *op. cit.* pp. 155/176; Marshall, A. J., The “*Lex Pompeia de provinciis*” (52 B. C.) and Cicero’s Imperium in 51/50 B. C., constitutional aspects, *ANRW* I. 1, 1972, pp. 887/921; Dio Cass. XL. 30. 1/2.

Alejandría, que acaso ya estaban en una edad en donde la educación alternaba ya con la milicia¹².

El cuestor Salustio, y con él los legados y demás mandos del ejército de Bíbulo, están desesperados y por ello dan este paso. En su carta a Cicerón, como miembros del estado mayor romano en Siria, le piden que acuda con sus tropas a defender la provincia. Además ya es el mes de julio y el cuestor no sabe qué hacer para preparar las *raciones* de su administración, que debe dejar en dos ciudades antes de abandonar la provincia. De esto último, la causa era que el procónsul Bíbulo se negaba a reconocer ley alguna que viniera firmada por César —y era una *lex Iulia* la que obligaba al depósito de copias en dos ciudades— y, de la caótica situación del mando de la provincia, que se había desentendido de todo cuanto le rodeaba y, sumido en una total inactividad, permanecía ajeno, encerrado en su fortaleza de Antioquía. Simplemente, el gobierno de la provincia había sido abandonado a su suerte. El origen de todo venía de unas semanas antes. En Alejandría se habían producido algaradas y desórdenes a cargo de las incontroladas tropas de un tal Aquila, un mercenario que estaba al frente de unas fuerzas militares, en parte de las acantonadas allí por Aulo Gabinio, que fue gobernador de Siria, como antecesor de Craso, y por tanto con competencia en los asuntos de Egipto. En uno de éstos episodios habían resultado muertos los dos hijos de Bíbulo y la noticia acabó por derrumbar la resistencia del procónsul¹³.

Salustio le pide ayuda para cuadrar las cuentas —incluso se habla de 100.000 dracmas, que el cuestor pide a Cicerón— y consejo legal sobre los pasos que debe tomar en previsión de que la inacción de Bíbulo con-

¹² Cic. *fam.* XV. 3. 2; *Att.* V. 17; 18. 4; VII. 3. 6, carta del 9. 12. 50, dice que Bíbulo ya ha abandonado Siria, lo que puede darnos como fecha de final del oficio el 30 de octubre, dejando un mes nosotros para que Cicerón conozca la noticia y lo comente con Ático. Esto implica que entró en él, el 30 de octubre del 51, por lo que desde que salió de Éfeso a mediados de agosto, tuvo mes y medio para ir a Alejandría y llegar luego a su provincia.

¹³ Cic. *Att.* V. 21. 2; VI. 5. 3; 8. 5; VII. 2. 6; *fam.* II. 17. 2. Cicerón, pese a todo, le aconseja que cumpla la *Lex Iulia*, *vid.* Girardet, K., «Die "Lex Iulia de provinciis": vorge-schichte, inhalt, wirkungen», *RhM.* 130, 1987, pp. 291/330. Antioquía había sido previamente atacada por los partos y defendida por el eficaz procuestor de Craso, Cayo Casio. La tropa del jefe Aquila estaba formada por bandidos, piratas, veteranos de Gabinio, esclavos fugitivos y desertores. La muerte de ambos jóvenes se produjo cuando aquellos elementos luchaban contra egipcios, *Caes. BC.* III. 110; fue Cleopatra al parecer, quien mandó a Bíbulo emisarios con la funesta noticia, *Val. Max.* IV. 1. 15.

tinúe. Y entonces Cicerón estalla. Justifica su negativa de apoyo financiero descargando sus responsabilidades en su cuestor y los *praefecti*, y pasa a desarrollar todo un memorial de los agravios que hasta ahora venía omitiendo contra Bíbulo, en razón de la cortesía que, entendía, debía presidir las relaciones entre colegas¹⁴.

Para empezar, se ha enterado por terceros que Bíbulo le odiaba y no se había contenido en manifestarlo a los demás. Pero todos se lo han ocultado, incluido Salustio, acaso mirando más por sus propios intereses que los derivados de un elemental compañerismo. Para colmo, Salustio le ha pedido que le recomiende ante Bíbulo, suponemos que con la mirada puesta en la pretura a la que el cuestor desea optar en el futuro. ¿Cómo va a recomendarle ante quien le odia? Desde que Bíbulo ha llegado a Siria, todo han sido gestos y actos de verdadera persecución contra el de Arpino. Para empezar, ya en su edicto provincial añadió una cláusula que dañaba severamente los intereses de los *publicani* en la provincia. Lo cual era atacar al *ordo* más querido de Cicerón y de Ático¹⁵.

La exitosa expedición de Cicerón al monte Amano, a finales del 51, sólo sirvió para alimentar el resentimiento del colega de Siria. Al poco, éste trata de emular la gesta del orador pero el resultado no puede ser más funesto. Bíbulo es derrotado, pierde una cohorte entera y a varios oficiales de reconocida valía entre la tropa. Más aún, ante el peligro de una gran guerra en la zona, Cicerón envía informes al senado reclamando más legiones. Sin efecto, confía en que el informe de Bíbulo, que sufre directamente el riesgo de la invasión, sea más efectivo en la voluntad de los *patres*. Nueva sorpresa¹⁶. En efecto, Bíbulo ha enviado un informe a Roma, pero en él sólo hay una continua descalificación de los actos de Cicerón. Al parecer, sólo mentiras acerca de su campaña en el monte Amano, mentiras acerca de los cambios de moneda efectuados por uno y

¹⁴ Cic. *fam.* II. 17. 2/5. Sobre las 100.000 dracmas que le pide a Cicerón, éste se excusa alegando que sobre tal cuestión, sólo su cuestor y sus *praefecti* tenían competencias, vd. Muñiz Coello, J., *op. cit.* p. 185.

¹⁵ Cic. *fam.* II. 17. 6/7; *Att.* VI. 1. 13/15. De grave precedente contra nuestro *ordo* lo califica Cicerón. Es posible que existiesen motivos reales para la aversión de Bíbulo contra Cicerón, pues por ejemplo, éste, años después, confiesa que en la tramitación de la ley agraria de César, dio su apoyo a éste, aunque la apariencia fue otra, *fam.* XIII. 4. 2. Por lo demás, el orador no ocultaba a veces su actitud de burla hacia la “rara” conducta de Bíbulo.

¹⁶ Cic. *fam.* II. 10. 2; VIII. 6. 4; XV. 1, el informe al senado; *Att.* V. 20. 4; 4. 2.

otro, y referencias extemporáneas e impertinentes sobre acciones de Cicerón en Cisalpina y otros asuntos, todos ellos ajenos a lo que debía esperarse en el senado. No entiende Cicerón estas salidas de su colega y se siente inerme “*si Bibulo odia ahora a todo el mundo*”. Nada sobre los partos. Pero lo que más le ofusca es la ruín, mezquina y despreciable actitud de su colega, una malicia que alcanza niveles patológicos cuando, por desprecio a Cicerón, se refiere al rey Ariobárzanes de Capadocia como “el hijo del rey Ariobárzanes”, negándole un título que el senado le otorgó, tan sólo por haber sido Cicerón el artífice de él¹⁷.

Cicerón ha estado aguantando todo ese tiempo. Sabía que Bíbulo se escribía con Thermón, el gobernador de Asia y con Silio, el de Bitinia, distribuyendo información y consultas sobre la situación política, como no podía ser de otra forma entre colegas. Pero con él, sólo cartas de protocolo, con asuntos fútiles, o aquella última en que le pedía recomendación para el augurado de su hijo. “*Por compasión —“commotus misericordia— y porque siempre he sido su amigo, tuve el triste deber de escribirle de la maneras mas amable que pude*”. El augurado vacante debía ser el dejado por Q. Hortensio, muerto en la segunda quincena de junio del 50, pero el problema estaba en que los hijos del procónsul que podrían optar a tal vacante eran los que habían muerto en Egipto. Pérdida que Bíbulo, o todavía desconocía, o no asumía, y que provocaba la compasión del orador¹⁸.

En Roma, la propia situación de Bíbulo provocó una lógica reacción de solidaridad. Pese al mal resultado de su acción militar, la única que desarrolló por otro lado, en una provincia que era lo único que demandaba —según Cicerón, pasó el año recluido en Antioquía—, pese a ello, el senado le otorgó la *supplicatio*, por el tiempo máximo previsto en la

¹⁷ Cic. *fam.* II. 17. 6 ss.: *illud vero pusilli animi et ipsa malevolentia ieiuni atque inanis*; III. 3. 1; *Att.* VI. 8. 5; VII. 2. 6/8.

¹⁸ Cic. *fam.* VIII. 13. 2; II. 17. 6/7: *commotus misericordia*, escribe a su colega, que *in tanto maerore suo*, *Att.* VI. 5. 3; VI. 6. 2. le había escrito antes pidiéndole recomendación para la candidatura al augurado, vacante por muerte de Q. Hortensio Hortalo, para su hijo, también ya muerto en Egipto. Cicerón le escribió con la mayor delicadeza y comprensión que pudo. Los dos hijos de Bíbulo debían estar en la veintena de años, en pleno *tirocinium militiae*, y el mayor de ellos, expectante de cualquier vacante que se produjera en los distintos colegios sacerdotales del estado. Los sacerdocios suponían puestos a desempeñar muy al inicio de los *cursus*, y la juventud de los candidatos era proverbial. No olvidemos que el propio M. Catón, el suegro de Bíbulo, fue sacerdote de Apolo con veinti y pocos años, Plut. *Cato min.* 4, y que César desempeñó como *pontifex* a los veintisiete.

ley, veinte días, lo que era el primer paso para el *triumphum*. Indudablemente, gracias a las gestiones de su suegro Catón, pero no por ello menos irritante para Cicerón, que no entendía que la condolencia general del senado tuviese que cimentarse a costa de sus esfuerzos, y veía como podían esfumarse las aspiraciones al suyo. En realidad tal reacción no encontraría pleno sentido sino asumimos el trágico suceso del 50, como un capítulo acorde con la atormentada y severa trayectoria de este senador del período más revuelto de la historia de la ciudad. Veamos los datos sobre su vida¹⁹.

Como suele ocurrir a los individuos que forma tándem con personajes que alcanzan el máximo reconocimiento político y social, el éxito de éstos tiene que ver con la invasión de las competencias de los primeros, la apropiación de sus méritos y la anulación, involuntaria o consciente, de cuanto pueda, de parte del compañero, ensombrecer el camino de gloria al que éstos se sienten llamados. La carrera de los candidatos sin carisma queda, por mor del ímpetu de los segundos, reducida a ser grisáceo apéndice de los triunfos de éstos, los cuales no eligen sin meditar a quienes serán sus colegas en los oficios y, de constatarlos adecuados a sus intereses, no los abandonan hasta llegar al final de las distinciones. Recordemos por mera sincronía, el caso del propio Cicerón y Cayo Antonio Hybrida, y el que tratamos, formado por Cayo Julio César y nuestro personaje Bíbulo²⁰.

Pertenciente acaso a alguna rama de los *Calpurnii Pisones*, Marco Bíbulo no es desde luego un *homo novus* como Cicerón. Su cognomen, Bíbulo, significa bebedor, pero ningún dato nos permite pensar que tal apodo no fuera heredado. Debía ser de la edad de Cicerón, o acaso, de fiarnos de las fechas de sus oficios, tres o cuatro años más joven, de manera que podríamos hablar de en torno al año 100/103 a. de C. para su

¹⁹ El hado funesto de Bíbulo despertó un natural sentimiento de solidaridad en Roma. Su suegro, Catón, conseguirá la *supplicatio* por el máximo de días previstos en la ley, veinte, para disgusto de Cicerón; incluso circuló la noticia de que, cuando la reina egipcia puso a su disposición a los asesinos, éste no hizo nada con ellos, lo que la opinión pública interpretó como una muestra más de la temperancia y hondo sentido de la justicia del prócsul, cuando bien pudo ser un síntoma más de la catatonía en que se sumió y que le hacía negar todo el mundo exterior, Val. Max. IV. 1. 15; Cic. Att. VI. 8. 5; VII. 2. 6/8.

²⁰ C. Antonio y M. Cicerón, César y Bíbulo, no constituyen excepción en las candidaturas conjuntas a pretura y consulado, que son muy numerosas, como podemos ver en los *fasti*.

nacimiento, tomando a César como referente del año inferior. Nada sabemos de su vida hasta que nos informan que desempeñó la edilidad, en el año 65, y ello porque formaba pareja con Cayo Julio César, el hombre probablemente mas decisivo de la historia de Roma²¹.

Su gestión habría pasado inadvertida si Bíbulo, instrumento del senado contra la desmesurada ambición política de su colega, no hubiese optado por abandonar, temporalmente, su proverbial inacción y decidiera finalmente enfrentarse al desbordante César, aunque desde un llamativo modo de asumir las obligaciones del oficio. El propio César escribirá que fue en la edilidad cuando Bíbulo generó la *iracundia summa* hacia su persona. Toda Roma celebró la magnificencia y lujo con que César costeó los juegos en honor a Cibeles, *ludi megalenses*, pese a que el gasto corrió a partes iguales entre ambos ediles, y de tal injusta percepción ya era consciente Bíbulo, que no sin resignación comentaba a sus allegados que su suerte corría paralela a la de Pólux, puesto que todo el mundo conocía el templo dedicado a ambos hermanos, como el Templo de Cástor²².

En el 62 ambos alcanzan la pretura y el sospechoso papel desempeñado por César en la conspiración de Catilina, agudiza los ataques de Bíbulo contra él y los *populares*, al alinearse éste con los intereses de los *patres*. De hecho se cita una expedición de castigo por parte del pretor Bíbulo contra los *paeligni*, pueblo de Italia central, por haber sido refugio de catilinarios. Tal posición le ponía al lado de Cicerón, pero la dificultad de su carácter, como luego veremos, impedía que el de Arpino se atreviera a valorarle más allá de una alianza ocasional²³.

²¹ Gruen, E. S., *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley/Los Ángeles 1974, p. 165, lo vincula a los *Calpurnii Pisones*.

²² La semeblanza de Bíbulo proviene principalmente de Cicerón, que no difiere mucho a la aportada por otros escritores. Así, era hombre de fuerte carácter, valeroso, de una constancia meritoria y mejor escritor de discursos que orador. Pero tambien era dubitativo, comedido hasta la inacción y la parálisis, un verdadero *cunctator*, en referencia a aquel cónsul del siglo III a. de C., citado en los *Annales*, de Ennio, famoso por su indecisión, de modo que ganaba batallas sólo amagando, nunca golpeando. La pasividad e indecisión de Bíbulo sacaba de quicio a sus coetáneos, siendo además terco y obstinado, mas malevolente que astuto, y finalmente, de una irascibilidad y crueldad gratuitas y fuera de todo control. Cic. *Phil.* XII. 39; *Brut.* 267; *pro domo*, 39; 69; *Vat.* IX. 21/24; *Att.* II. 19. 2; *fam.* XV. 1. 5; II. 17. 7; *Sal. epist. in Sall.* IV. 12; *Suet. Iul.* X. 1; *Dio Cass.* XXXVII. 8. 2; Gruen, E. S., *op. cit.* p. 56.

²³ Orosio VI. 6. 7, no corroborado este dato en otros escritores. *Suet. Iul.* X. 1.

Para el consulado del 59 Bíbulo intenta quebrar el antagonismo que se le asigna por ir de colega de personaje tan poderoso como César. Se está con César o contra César, y Bíbulo muestra deseos de no seguir figurando en la nómina de sus enemigos. Ambos negocian la presentación de una candidatura conjunta, no antagónica o enfrentada, de forma que defiendan los mismos intereses. César se aviene a los proyectos de Bíbulo, pero secretamente trata con otro de los candidatos, el historiador y hombre de los más ricos de Roma, Lucio Luceyo, un acuerdo para comprar las centurias que los dos, Luceyo y él mismo, necesitan para salir electos. De nuevo, Bíbulo se siente víctima de traición y, rehaciendo a última hora sus planes, se convierte en el candidato de los intereses del senado contra las ambiciones de César. Bíbulo y César salieron cónsules para el 59, y los sucesos durante ese año sin duda marcaron la personalidad del primero²⁴.

Con el apoyo del senado y tres de los tribunos de la plebe, Bíbulo se muestra resuelto. No aprobará ningún proyecto que venga del lado de César. Éste le habla de consenso y colaboración, de un pacto que restablezca el orden y la paz en las instituciones, y Bíbulo relaja su inicial oposición. Pero en la calle César prepara la armas con sus partidarios y de nuevo su colega debe tragar con el engaño. Se torna agrio su carácter y de nuevo subraya que durante su oficio no habrá novedades, disponiéndose a impedir que César lleve adelante medida alguna, que pase por encima de su autoridad. Bíbulo proclama una *obnuntiatio*, de acuerdo con las *leges Aelia et Fufia* y el asesoramiento de los augures. Ningún acto de César es legal porque no ha contado con presagios favorables. El senado espera que esta medida, legal pero ciertamente ya en desuso, sirva para frenar al otro cónsul. Este ha reunido al pueblo junto al Templo de Cástor y Pólux y se dispone a aprobar sus proyectos legales. Cuando aparece Bíbulo, hay disturbios y heridos, y el cónsul tiene que retirarse para proteger su vida. Se recluye en su casa y ya no desea entrevistarse con nadie. Desde allí aplaza las elecciones al mes de octubre y declara festivo el resto del año, para que ninguna ley pueda ser aprobada. Se sumer-

²⁴ Cic. *Att.* I. 17. 11; Ap. *BC.* II. 9; Suet. *Iul.* XIX. 1; Linderski, J., Constitutional Aspects of the Consular Elections in 59 B. C., *Historia* 14, 1965, pp. 425/442, dice que Bíbulo salió *prior*, por lo que las *fasces* de los meses impares le correspondieron a él, aunque también conservó el derecho a presidir las elecciones cuando éstas se celebraran; Collins, J. H., "Caesar and the Corruption of Power", *Historia* 4, 1955, pp. 445/465.

ge Bíbulo en un aislamiento que nos recuerda al que de nuevo protagonizará nueve años después, en Antioquía de Siria²⁵.

Pero desde su casa, y sin modificar un ápice su posición sobre la ilegalidad de los actos de César —lo que motiva ya cierta sorna en compañeros de escaño como Cicerón— comienza a escribir edictos y documentos que conjugan quejas con denuncia de amenazas, delitos y corrupciones supuestamente atribuibles a su colega. Y también a Pompeyo, y en realidad a todos cuantos considera aliados con sus enemigos. Los edictos se exponen en los lugares públicos y dado el tipo de denuncias, propio del libelo y el chismorreo, todo el pueblo los lee y está encantado con esta situación, en la que sus líderes bajan sus diferencias políticas al nivel de la calle. Se trata en ellos a César de golpista, pues poco antes de la edilidad tramaba con Craso apoderarse del poder para implantar un régimen autoritario, en el que Craso sería el *dictator* y César, su *magister equitum*. Se le vitupera en lo personal, motejándole de “reina de Bitinia”, pues todos sabían que había “pretendido” a un *rex*, Nicomedes, mientras que ahora pretendía un *regnum*. No escapan de la furia del enclaustrado ni los *publicani* ni el propio Pompeyo, al que, como los yambos de un Arquíloco, Bíbulo denuncia por sus manejos e irregularidades en la corte egipcia de Tolomeo XII Auletes, con no poca razón esta vez como veremos, al poco tiempo, del gobierno de Gabinio, acólito de Pompeyo, en Siria²⁶.

²⁵ Dio Cass. XXXVIII. 6. 1/3; 4/6; 4. 3; los tres tribunos eran Quinto Ancario, Cayo Fanio y Cneo Domicio Calvino; Cic. *pro domo*, 39;69; *Vat.* 21;22; *Att.* II. 15. 2; 20. 4; 21. 5; *res. har.* 48; *fam.* I. 9. 7; *prov. cons.* 43; Plut. *Cato min.* 32; Suet. *Iul.* 20. 1; Vell. II. 44. 5. Durante esos días Bíbulo debe soportar toda clase de humillaciones: coacción, amenazas, agresiones, incluida una esportilla de basura lanzada a su paso, camino del lugar donde César se dirigía al pueblo. Se añade a todo ello la debilidad y falta de iniciativa de un senado medroso, incapaz de defender a su candidato, so temor de “equivocarse”. *Vid.* Astin, A. E., *Leges Aelia et Fufia*, *Latomus* 23, 1964, pp. 432/442; Weinrib, E., *Obnuntiatio: two Problems*, *ZSS*, 87, 1970, pp. 395/425; MacDonald, C., *The “Lex Aelia Fufia” of 59 B. C.*, *CR* 7, 1957, 198 ss.; ídem, *Clodius and the Lex Aelia Fufia*, *JRS*, 19, 1929, pp. 164/179; Mitchell, T. N., *The “leges Clodiae” and “obnuntiatio”*, *CQ*, 36, 1986, pp. 172/176.

²⁶ Cic. *Att.* II. 16. 2; 19. 5; 20. 4;6; 21. 3/5; yambo es sinónimo de inectiva, Hor. *Ars poet.* 79; Suet. *Iul.* IX. 1; XLIX. 2; A. Gabinio, cónsul del 58, consigue ir de procónsul a Siria al año siguiente, y por tanto, a Egipto. El asunto de Ptolomeo, el trono egipcio, Rabirio y los 10. 000 talentos, se trata en Cic. *Pro Rabirio*; *vid.* Sandford, E. M., “The Career of Aulus Gabinus”, *TAPhA* LXX, 1939, pp. 64/92; Shatzman, I., *The Egyptian question in Roman Politics (59/54 B. C.)*, *Latomus* 30, 1971, pp. 363/369.

El tribuno Vatinio, partidario de César, arresta a Bíbulo en su propia casa y estaba en sus planes poder ajusticiarlo si llegaba la ocasión, lo que estuvo a punto de alcanzar, no haberse mediado para que el tribuno desistiera. Acabando el año, Bíbulo pretende leer su discurso final de oficio en el senado pero es interrumpido, esta vez por P. Clodio, y de nuevo debe ponerse a cubierto. Por esos mismos días, procedente de las filas de los cesarianos, acaso del mismo Vatinio, se “descubre” la burda trama conspiradora de Lucio Vetio. Según éste, que es detenido, pretendía asesinar a Pompeyo recibiendo órdenes de los Curiones, Emilio Paulo, Bruto y el propio Bíbulo. Éste ha proporcionado la espada. Todo es demasiado chusco y el asunto se disipa al día siguiente, cuando Vetio aparece muerto en su celda²⁷.

Entre el 58 y el 51, los escritores se centran en el ascenso de César, y de Bíbulo apenas volvemos a oír hablar. Por Cicerón, sabemos que seguía incorporado a la vida política, interviniendo en las discusiones del senado. De él todo el mundo ya conoce sus cambios de humor y de estado de ánimo. En el 58 Cicerón parece estarle agradecido por haber atacado la ley que le condenara al destierro, obra de P. Clodio y el orador así lo constata públicamente, aunque no duda que sólo es beneficio de la *rabies* que Bíbulo mantiene contra César. En el 56 escribe a Ático: “*encuentro hoy a Bíbulo más razonable a nuestras propuestas, incluso diría que amistoso*”, y en el 53 éste ya ha olvidado cuanto denunció de Pompeyo —el tiempo le dio además la razón, respecto a Egipto— y propone junto con su nuevo suegro, M. Catón, que el Magno sea candidato único al consulado del año siguiente. En torno a esos años, 58/54, Bíbulo ha contraído segundo matrimonio con la hija de Catón, la joven Porcia, de la que tendrá otros dos hijos, por lo que sus intereses se unen mas estrechamente con los del clan de su suegro²⁸.

²⁷ Cic. *Vat.* 21/24; *Att.* II. 24. 2; *Ap. BC.* II. 12; Allen, W., The Vettius Affair once more, *TAPH*, 81, 1950, pp. 150/163; Rossi, F. R., La congiura di Vettio, *Annali triestini* 21, 1951, pp. 247/260.

²⁸ Los cambios de humor de Bíbulo eran motivo de comentario, Cic. *fam.* I. 4. 1; 9. 7; *pro Domo*, 69; 42; Bíbulo casó con la hija de Catón, Porcia, con la que tuvo dos hijos. El aportaba otros tres hijos varones de una unión anterior, dos de los cuales murieron en Egipto, entre ellos, el mayor, del mismo *praenomen*. Todo este asunto recibe un confuso tratamiento en la bibliografía, por lo que próximamente estudiaremos el tema. *Vid.* Van't Dack, E., “L'Armée romaine d'Egypte de 55 à 30 av. J.-C.”, *Das römisch -byzantinische Agypten. Akten des Internat. Symposions*, 26/30 sept. 1978, im Trier, Mainz 1983, pp. 19/29; Dixon, S., “The marriage Alliance in the Roman Elite”, *Journal of Family History*, 10, 1985, pp. 353/378.

En el 50 el procónsul de Siria ha entrado en la fase final de su vida. Debió regresar a Roma a finales de año y por entonces, la suerte de la república ya estaba decidida. César y Pompeyo lucharían por decidir quien presidiría los destinos de Roma en los años siguientes. Bíbulo, en el lado pompeyano, recibe en invierno del 50/49 el mando de toda la flota, más de seiscientos barcos, que Pompeyo ha logrado reunir y que se estaciona en el Adriático. Su misión consistirá en impedir que los cesarianos, organizados en Macedonia para la guerra final contra los pompeyanos, puedan recibir ayuda y suministros desde Italia. Pero su ánimo está en otra parte. Desde su base en Corcyra, donde transcurre todo el 49, Bíbulo ha vuelto a enajenarse de los cometidos que se le encomiendan. Prueba de ello es que los barcos se encuentran desorganizados y la disciplina brilla por su ausencia, no está en disposición de repeler ningún avance. Llegada la flota de César, los barcos pasan el cerco sin problemas. Cuando éstos regresan de entregar los suministros, un enfurecido Bíbulo cae sobre la flota que guía el cesariano Fufio Caleno; treinta naves son apresadas y, comprobada la inutilidad de la acción, pues todas van de vacío, “*estalla la ira fruto tanto de su indiligencia como de su dolor*”, dice nuestro informante. Ejecuta a toda la tripulación y a continuación, quema las naves²⁹.

El resto de la flota de César arriba a Brindis y, alertada para que no intente de nuevo la misma ruta, permanece en puerto a la espera de un cambio en la situación. Tan sólo una nave comercial, ajena por tanto al conflicto, se hace a la mar y llega donde está anclada la flota de Bíbulo, que corta el paso a cualquier paso. La nave es apresada y todos sus pasajeros, incluidos esclavos y niños, son ejecutados, tras aplicarles tormento. En el estado mayor pompeyano se aprecia que la situación en que Bíbulo sostiene la flota se está tornando un callejón sin salida. Se envía a L. Escribonio Libón y éste convence al almirante a pedir una entrevista de paz con el mismo César. La idea, en realidad, es desbloquear la situación en que la flota se encuentra. Se dan todos los pasos y, llegado el momento, Bíbulo se abstiene de acudir, pues su atávica aversión hacia el dictador —*summa iracundia*— le avisa de que puede llevar a la catástrofe la negociación³⁰.

²⁹ Cic. *Att.* VII. 3. 6; Dio Cass. XLI. 44. 3/4; Ap. *BC.* II. 49; III. 5. 7; 8. 1/4; 5. 3; Plut. *Cato min.* 54.

³⁰ Caes. *BC.* III. 14/16.

La entrevista no cuaja en ninguna tregua y la flota, con Bíbulo al frente, sigue languideciendo. Éste ya no duerme apenas y tampoco se alimenta, obstinado en mantener sus objetivos. “*Su dolencia se agrava por el frío y las fatigas*”, hasta que finalmente, es el invierno del 48, “*sin poder resistir la fuerza de su mal*”, el cónsul del 59 y colega de César, muere³¹.

* * *

Hasta aquí los datos de los autores clásicos. Y de lo que ahora tratamos, ya advertimos que no es posible, desde la psiquiatría, estudiar un síndrome, apenas esbozado, en su sujeto alejado dos milenios en el tiempo, cuando aún hoy, con el paciente delante, la prudencia aconseja no minimizar los porcentajes de errores en los diagnósticos. Vamos sólo a exponer cómo describe y clasifica la moderna siquiatria parecidos tipos de comportamiento, y dejamos a cada cual que juzgue según lo hasta ahora expuesto.

En el desarrollo de la enfermedad llamada esquizofrenia, actos y personas adquieren para el sujeto una naturaleza peyorativa o negativa. Éste presenta una incapacidad para seguir, de manera lógica, el curso normal de una actividad emprendida, por faltarle el interés y la motivación adecuada. Esta dificultad se extiende a la capacidad para mantener relaciones interpersonales y el individuo manifiesta un retraimiento social, especie de “autismo”, en el que sólo está preocupado en sus ideas egocéntricas, distorsionando o excluyéndose del mundo exterior. El sujeto manifiesta poca reactividad al entorno.

Con un lenguaje vago, de excesiva abstracción e iteración, su comunicación se torna farragosa y vacía de contenido. Puede haber ideación extraña, en la que el enfermo cree percibir voces del exterior, se comunica con algo o alguien, cuyas órdenes pueden asumir como irrenunciables objetivos —anomalía de la percepción—. El estado de ánimo se presenta disfórico, pudiendo manifestar depresión, ansiedad o ira, consecutivamente o mezclados, pasándose de una cierta estabilidad aparente a un inexplicable ataque de furia³².

³¹ Orosio VI. 15. 10; Caes. BC. III. 18; Dio Cass. XLI. 48. 1.

³² Por razones obvias no entramos en la abundantísima literatura médica sobre el particular. Remitimos a Valdés Miyar, M., *et alii*, eds., *Manual diagnóstico y estadístico de*

Conecta la ciencia médica este conjunto de síntomas a una personalidad que en su fase premórbida se describe como suspicaz, introvertida, retraída e impulsiva. La enfermedad de base puede coexistir con las ideas delirantes de tipo paranoide y los episodios de tipo maníaco y depresivo. En las primeras, que són típicas en edades maduras —40/55 años— el individuo se siente víctima de una conspiración, difamado, espiado y amenazado de muerte, al objeto de que se le impida alcanzar sus metas. Es por ello que trata de obtener satisfacción repetidamente en los tribunales, y su ánimo es el del resentido, furioso y potencialmente violento. Alucinaciones y falsas interpretaciones son continuas y el ciclo sueño/vigilia se ve afectado³³.

En el episodio maníaco, el individuo siente una euforia inusual, un insólito optimismo y ánimo elevado, que es juzgado todo ello como excesivo e infrecuente por quienes le conocen. Ello le mueve a implicarse en actividades de alta conflictividad, que se acompaña de un lenguaje fuerte, verborreico, pleno de sarcasmos e impertinencias, fruto de la exageración en la autoestima. Tal estado, de aparente fortaleza, es en realidad de suma fragilidad, y en caso de ser contrariado, se desliza a una fuerte irritación y finalmente, la cólera, desde la que a su vez, puede hundirse en la depresión, con estupor, negativismo, mutismo y catatonía. En el episodio depresivo, el individuo se siente invadido por el sentimiento de inutilidad y culpa, resultado de la autoevaluación negativa y la exageración de los propios fracasos. El autorreproche es continuo. Ansiedad, llanto, rumiación obsesiva, que afecta al apetito y al sueño, como en el episodio maníaco —donde el sujeto puede aguantar sin dormir varios días—, completan finalmente un cuadro patológico, que si se observa durante años augura un mal pronóstico³⁴.

* * *

Nuestro segundo caso, un siglo después, difiere radicalmente del primero y no se acompaña de las graves connotaciones que acabamos de

los trastornos mentales, American Psychiatric Asociation, Barcelona 1993, pp. 228/236 para la descripción del cuadro esquizofrénico.

³³ Sobre los delirios, Valdés Miyar, M., *op. cit.* pp. 124/126; las demencias, en pp. 127/132.

³⁴ Sobre los episodios maníacos, Valdés Miyar, M., *op. cit.* pp. 257/259; sobre el episodio depresivo mayor, pp. 262/265.

analizar. Se trata de un caso que se nos describe brevemente en su fase final, y recuerda la *dementia* leve, aunque no hilarante, que describía Celso, y desde luego sin la carga de violencia del caso analizado. Por otra parte, la agudeza y el sarcasmo con que nuestro informante lo narra —el suceso se presta a ello—, el tradicionalmente serio y adusto Tácito, favorece un tono festivo en la pormenorización de los hechos. Frivolidad ésta tan carente de humanidad como inevitable para el observador, por cuanto el final del sujeto no fue menos trágico.

“Al poco tiempo la fortuna se burló de Nerón, con ocasión de su propia ligereza y de las promesas de Ceselio Baso, hombre de origen púnico y mente perturbada, que convirtió una figuración tenida durante un sueño en una esperanza segura”. Con este episodio abre Tácito el último libro de sus *Annales*, continuando con los hechos referidos al año 65. El suceso ocupa tres capítulos y lo confirma, aunque brevemente, crónica similar de Suetonio, en la *vita* de este emperador. Los hechos fueron los siguientes³⁵.

Un terrateniente oriundo y residente en el norte de África, parece ser que del *ordo equester*; se ha presentado en Roma y mediante la distribución de sobornos consigue una audiencia con el *princeps*. El motivo es poner a disposición del emperador, un ingente tesoro que dice haber encontrado en el fondo de una cueva existente en sus propiedades. Reclama por tanto a Nerón, que envíe allí gente para hacerse cargo de esta especie de regalo con que los dioses le premian, a él y por tanto a todo el pueblo romano. En síntesis esta es la trama. Veamos algunos pormenores y circunstancias.

Corre el año 65, probablemente a principios del verano, pues iban a celebrarse los *ludi quinquennales*, y a Nerón, joven de veintiocho años, le llueven los problemas. No hace todavía un año del gran incendio que asoló la ciudad durante nueve días y las tareas de reconstrucción son costosísimas, demandan mucho dinero que las arcas del emperador no tienen. Entre aquellas está la de su nueva casa, la *Domus Aurea*, que desde el Palatino al Esquilino iba a sustituir a su *Domus Transitoria*. Necesita también dinero para proseguir las obras del canal que debía unir Ostia con el lago Averno, próximo a Cumas, para facilitar la conexión Roma/Puteoli. Y por otra parte, la reciente devaluación del denario, que pasó de 1/84 a 1/86 de plata, y del sestercio, de 1/40 a 1/45, sólo ha su-

³⁵ Tac. *Ann.* XVI. 1/3; Suet. *Nero*, XXXI. 4; XXXII. 1.

puesto un respiro tan momentáneo como fugaz, pues la subida de precios se ha comido ya sus ventajas. La necesidad de dinero es acuciante y desde la corte no se descarta cualquier método para obtenerlo³⁶.

Se recurre al expedito sistema de las confiscaciones, de probada eficacia como constatará ya Tiberio. Al tiempo, se aprovecha para eliminar a enemigos políticos, presuntos conspiradores, que además suelen ser muy ricos. En los juicios y posteriores ejecuciones han caído personajes tan influyentes como P. Peto Trásea, Séneca o Barea Sorano, y con ellos sus posesiones. Más anónimas, las parodias de juicio y las condenas se extienden por regiones donde hay grandes propiedades, o lo que es lo mismo, propietarios ricos, y éstas llegan al norte de África. La epigrafía documenta al menos seis casos de paisanos de Ceselio Baso, nuestro protagonista, de *cognomen* por cierto frecuente en la zona. Un miedo insuperable a perder la vida y una cordura alterada de base, hizo el resto³⁷.

Con estas circunstancias, el interés de Nerón por la noticia de este *eques* estaba asegurado. La historia por otro lado, articulada en elementos ciertamente muy creíbles, presentaba un esquema razonable, tenía la solidez y la apariencia de lo cierto. Ningún elemento de la trama quedaba sin justificación y todos ellos despertaban la avidez del arruinado *princeps*, que no necesitaba mucho estímulo para sentirse elegido para este don de los dioses.

El tesoro consistía en una enorme cantidad de oro, *magna vis auri*, en lingotes, osea no amonedado, y —parecía estar describiendo el producto de su visión— estaba ordenado en columnas o bloques, en su mayor parte, y el resto por tierra. De forma que Nerón no tendría necesidad primero de fundir, y luego, reacuñar. De su examen, Baso establecía que era antiguo —*sed rudi et antiquo pondere*—, y su origen, tan rocambolesco para una mente sana, como justificado y fiable para quien conjugaba un

³⁶ Suet. *Nero*, XXXVIII. 1; 3; XXXI. 1/3; XXXII. 4; *vid.* Boethius, A., *The Golden House of Nero*, Ann Arbor 1960; Newbold, R. F., “Some social and economic Consequences of the A. D. 64 Fire at Rome”, *Latomus* 33, 1974, pp. 858 ss.; Laet, S. J. de, “Une dévaluation dans l’Antiquité. La réforme monétaire de l’année 64 ap. J.-C. Étude sur les finances publiques sous Néron”, *Revue de la Banque*, I. 1, 1943.

³⁷ Suet. *Nero*, 37; Carcopino, J., “L’inscription d’Ain-el-Djemala”, *Mél. d’Arch. et d’Hist.* 26, 1906, pp. 435 ss. cita seis terratenientes norteafricanos confiscados. Basso es *cognomen* muy corriente, como se comprueba de *CIL* VIII 17722, III 14510, etc., *Vid.* Baldwin, B., “Executions, trials and punishments in the Reign of Nero”, *PP* XXII, 1967, pp. 425/439.

austero raciocinio con una desbordante receptividad motivada por la necesidad de dinero. El asunto venía de cuando la mítica reina Dido huyó de Tiro llevándose innumerables riquezas que, tras la fundación de Cartago, puso a buen recaudo para evitar que tanto los suyos, como los reyes númeridas, de conocer su existencia, bien se entregaran a la molición, o peor, espoleados por la codicia, iniciaran una cruenta guerra civil por su posesión³⁸.

Ningún romano del común podía no hacer suyo tal argumento. Reúne éste todos los ingredientes que el ciudadano medio asume como válidos, pues pertenece a una de esas realidades que lo son en razón de su antigüedad, razón que es tanto más fuerte cuanto más obscurecido y remoto es su recuerdo. Veamos. Los elementos que se conjugan son los tradicionales de cualquier leyenda negra, y tocan uno de los demonios interiores del nacionalismo romano. La reina fenicia Dido, la enemiga Cartago, la proverbial perfidia púnica, la codicia que no respeta ni lo consanguíneo, el robo como parte natural de la idiosincrasia de aquel pueblo, en fin, sus parientes en la bajeza, los númeridas. Valerio Máximo reúne un muestrario de esta congénita degradación de la raza púnica, espejo de vicios que, como suele ocurrir en este tipo de construcciones del pensamiento, resulta de extrema eficacia para conjurar las propias vergüenzas. Ni siquiera intelectuales como Tácito escapan a sus indudables propiedades terapéuticas. Para él, que desde el principio de su narración se declara ajeno a esta locura, todo se aclara desde el momento en que el artífice de la trama, Baso, era de mente perturbada y origen púnico, *mens turbida, qui origine poenus*, lo que para el historiador es una redundancia, de la que solo podía esperarse el final que tuvo³⁹.

El mensaje de Baso es claro. Nadie mejor en la tierra que su señor, el emperador Nerón, para tomar esas riquezas, por otro lado pertenecientes en origen a un pueblo ladrón y falaz, y que sea él quien las administre, como el mejor de los ciudadanos que es y en cumplimiento del deseo de los dioses que le han elegido, para el bien de todo el pueblo romano. Con estos datos, Nerón no necesitó de más seguridades. Por otro lado, el asunto trascendió a la opinión pública y el vulgo, muy dado a prestar

³⁸ Tac. *Ann.* XVI. 1; la leyenda de Dido, en Justino XVIII. 4/5; cf. Virg. *Aeneid.* I. 340; 362/363.

³⁹ Val. Max. I. 1. 2; II. 6. 15; VII. 4. 2; IX. 1. 1; 3. 1/3; 5. 4; 6. 1; Cic. *pro Scauro*, 42.

atención a este tipo de chismes, en donde reinas, traiciones e inmensas riquezas se mezclan, adquieren nuevas formas y dan paso a nuevos argumentos, acabó por consolidar los hechos. Poetas y oradores aprovecharon el suceso durante los *ludi*, para renovar sus encomios y alabanzas al emperador: la tierra, con una fecundidad nueva brindaba sus bienes y los dioses ponían riquezas a su paso. “Con la mayor facundia y no menor adulación daban luz a otras ficciones serviles, seguros de que Nerón les creería de buena gana”, apostilla Tácito⁴⁰.

Éste era el ambiente en Roma previo a la salida de las trirremes hacia África. Ante la esperanza de las prontas riquezas —a buen seguro multiplicadas tras el paso del suceso por la opinión pública— dicen ambos informadores que, como suele acontecer tras períodos de ayuno, se disparó el despilfarro y se consumieron los últimos recursos con que se contaba, “de modo que la expectativa de la riqueza se generó como nueva causa de la pobreza del erario”, sentencia Tácito. Atracaron las naves en la otra costa y la expedición llegó a la finca de Baso, guiada por el propio *eques*. Comenzaron las excavaciones aquí y allá, según Baso iba indicando nuevas localizaciones, a medida que la ponderación y la prudencia iba dejando como inútiles las primeras. A un lado y a otro se iba desplazando no sólo un contingente de soldados cuya misión era la custodia del tesoro en cuanto éste apareciera, sino también una masa de campesinos, que había sido reclutada para llevar a cabo las tareas de desenterrado. Pasado el tiempo y la paciencia de los presentes, agujereado el campo y remisa la gruta en aparecer, imaginemos el cuadro, nosotros preferimos remitirnos al desenlace con que concluye el historiador tan tragicómico acontecimiento. “Al cabo, saliendo de su demencia y afirmando con extrañeza que nunca antes los sueños le habían engañado, siendo ésta la primera vez que le ocurría, escapó a la venganza y a sus temores con una muerte voluntaria. Cuentan algunos que primero estuvo preso y que luego fue liberado, tras incautársele sus bienes como sucedáneo del regio tesoro”⁴¹.

* * *

⁴⁰ Tac. *Ann.* XVI. 2; *ludi quinquennales*, desde el año 60, cf. *Ann.* XV. 20/21.

⁴¹ Tac. *Ann.* XVI. 3; Suet. *Nero*, XXXI. 4; mente perturbada la de Basso, para Tac. *Ann.* XIII. 3. 2, como la del emperador Cayo.

Se definen hoy los delirios como percepciones erróneas, ideas falsas que ocultan, más o menos, la evidencia y la realidad, y que se muestran inaccesibles a la crítica. El delirio aparece como una explicación del mundo para uso exclusivo del delirante, y sus aspectos compensatorios y gratificantes son evidentes. Dentro de la caracterización de los delirios interesa aquí hablar de dos formas, las llamadas ideas delirantes de grandeza o trastorno paranoide de tipo grandioso —la megalomanía—, y el delirio de fabulación o mitomanía, pues de ambas se dan datos que interesan.

En las ideas delirantes de grandeza, el sujeto está convencido de estar capacitado para grandes misiones, sin que espere que tal capacidad y talento sean reconocidos por los demás, o se presenta como responsable de haber descubierto/conseguido algo importante, que tiene por bien ofrecer a las instancias gubernamentales. Es típica la autoatribución de una inteligencia superdotada y, dada su extraordinaria erudición, exhibe el convencimiento de poseer poderes excepcionales en todas las esferas, incluida la capacidad de sanar a otras personas, lo que por otro lado le sitúa en una privilegiada posición para mantener relación con personajes insignes o incluso divinos. Su fortuna es igualmente inmensa, como innumerables son sus propiedades. Cuando a pesar de sus imaginativas producciones, intensas y extravagantes, el sujeto se desenvuelve con buena adaptación al contexto social en el que vive, estamos hablando de parafrenia⁴².

La seudología fantástica que constituye la mitomanía es típica del individuo adulto. Como delirio de la imaginación, la mitomanía constituye una fabulación patológica profusa, en la que el sujeto toma sus propias producciones imaginarias por auténticos recuerdos. Incapaz de discernir entre ficción y realidad, se articulan relatos plausibles y coherentes, bien coordinados, que se presentan como fuera de toda duda y como manifestación de una imaginación libre y desinhibida. Detrás de ello puede hacer carencias afectivas previas, afán de sobreestimación y fanfarronería, o un mecanismo de denegación, de huida y rechazo, por el cual, el individuo se convence de que es posible hacer creer a las personas que lo que imaginamos es cierto, por lo que, a la vice-

⁴² Valdés Miyar, M., *op. cit.* pp. 123/126; *vid.* también, Gradillas, V., *Psicopatologías: signos y síntomas*, Málaga 1988, p. 166.

versa, hechos reales cuyo recuerdo le atormentan, en realidad sean imaginarios⁴³.

Pero junto a las anomalías de base, la psiquiatría añade factores exógenos en el desencadenamiento de episodios. Así, el miedo insuperable a ser víctima de una situación injusta, miedo que se origina ante la percepción de no poder eludirla, provoca un rechazo, un no querer afrontarlo y se opta por este “salida” en que se convierte la fabulación del mítomano.

⁴³ Costa i Molinari, J. M., *Manual de Psiquiatría*, Barcelona 1994, p. 110; *vid.* Neyraut, M., “À propos de la mythomanie”, *Entretiens psychiatrique*, 9, 1963, pp. 11/38.